

Sus propias reglas impedían a los teatinos extender rápidamente y por muchos puntos su influencia, la cual se limitaba única y exclusivamente a Italia, en donde combatieron la herejía, formaron un número no despreciable de aptos y dignos obispos y dieron saludable ejemplo con su abnegación y con su celo religioso. Otra consecuencia, mas importante si cabe, de la fundación de esta orden fué que a su imitación se fundaron otras congregaciones, de las cuales la mas conocida es la de los sacerdotes regulares de San Pablo ó bernabitas, que tal era el nombre con que se les designaba por ocupar la iglesia de San Bernabé, en Milan. Fundada esta orden en 1530 por Antonio María Zacarías de Cremona, fué desde luego una ramificación democrática de los teatinos, cuya misión principal era reconquistar para el catolicismo a los escépticos y a los apóstatas. Extendidos por toda la Italia, por Francia y por Bohemia, los colegios de los bernabitas hicieron entrar de nuevo en la Iglesia a millares de herejes.

La orden de los somascos, fundada en 1528 en la Alta Italia, tuvo una importancia meramente local.

Mucho mas importante fué el hecho llevado a cabo, en 1548, por un jóven florentino, Felipe de Neri (1), el cual fundó la Compañía de la Santa Trinidad. Con razon se llama a Felipe de Neri el apóstol de Roma; y en efecto, quizás nadie hizo tanto como él para la reforma del clero romano y para el mejoramiento moral de toda la población de la ciudad eterna. Su memoria está, aun hoy, viva en la mente de todos. De esta Compañía salió en 1575 la congregación del Oratorio que se ha hecho célebre por haber producido un gran número de sabios y hábiles defensores del catolicismo, de distinguidos profesores y de intrépidos misioneros.

Como se ve, en el pueblo romano había entrado una verdadera fiebre por fundar nuevas órdenes, prueba evidente de que entre los romanos y aun entre los italianos, se despertaba otra vez el sentimiento religioso y el espíritu católico. Pero entre todas estas fundaciones del siglo XVI ninguna puede ser comparada, ni por su importancia ni por sus resultados, con la mas jóven de todas ellas, con la de sacerdotes de la Compañía de Jesús.

## II—FUNDACION DE LA ÓRDEN DE LOS JESUITAS

Caballerismo y misticismo en España.—Ignacio de Loyola como soldado.—Su herida y su conversión.—Su vida de penitencia.—Su peregrinación a Palestina.—Sus estudios y fijación de sus planes.—Fundación de la orden.—Obtención de la sanción pontificia.—Loyola primer general.—Sus máximas.

En ningún país de Europa se conservó durante tanto tiempo como en España el espíritu que caracteriza la segunda mitad de la Edad media. A consecuencia del movimiento de las Cruzadas, había nacido en Occidente una mezcla de mística y ardiente devoción y de caballerismo atrevido y ganoso de aventuras. Esta cultura especial, que no carecía de grandeza ni de atractivos y a la cual tenemos que agradecer las mas bellas creaciones de la Edad media, se veía en casi todas partes de Europa combatida y acabó por desaparecer por la acción demoledora del Renacimiento, por la influencia de la vida municipal, que se desarrollaba rápidamente, y por los triunfos de la fría política utilitaria. No sucedió lo mismo en España: esta nación apartada por su situación geográfica del centro de la civilización europea, del cual la separaba la elevada cordillera Pirenaica, sabía poco

(1) Ant. Galloni, *Vita Sti. Philippi Neri*. Jerónimo Barnabeo, *Vita Sti. Philippi Neri: Acta Sanct. Maii*. VI, 463, 524. A. Capecelatro, *The life of St. Philipp Neri*, traducida por Pope, 2 tomos (Londres 1882).

de estos modernos movimientos, y hasta fines del siglo XV había estado ocupada en la lucha contra los moros y árabes mahometanos, lucha que, siendo a la vez guerra de razas y de creencias, imprimió a todas las empresas é intereses de los españoles un sello eminentemente religioso. Por una disposición especial de la suerte, la toma de Granada y con ella la desaparición de los musulimes del territorio de la península y la terminación de la guerra árabe coincidieron con el descubrimiento de América y con el principio de una serie de expediciones y conquistas encaminadas a hacer entrar en la verdadera religión al paganismo de un nuevo mundo. Como había acontecido desde el siglo VIII, en la guerra contra el Islam, la propagación de la fe católica estaba a la sazón íntimamente enlazada con la grandeza y la gloria del nombre español. El noble, el soldado, el conquistador de Castilla que combatían por su propio honor y por el honor de su rey y de su patria, luchaban al mismo tiempo en honra de Jesús y de la Virgen. ¡Cuán fielmente se refleja esta tendencia católica y mística del espíritu caballeresco dominante entre los españoles en el *Amadís de Gaula*, libro compuesto entre 1496 y 1508, y en las innumerables obras de caballería que le precedieron y siguieron! No es pues de extrañar que, en tales circunstancias, un capitán de Carlos V fuese el fundador de una orden religiosa encaminada a armonizar la guerra con la religión y a combatir con toda clase de armas a los enemigos de la fe.

Don Iñigo (Ignacio) Lopez de Recalde nació en 1491 en el castillo de Loyola, en la provincia de Guipúzcoa. Su familia, una de las mas consideradas en el país, gozaba en union de otra, del privilegio exclusivo de ser llamada al acto de la proclamación de un nuevo monarca y a otros actos extraordinarios, especialmente al de la prestación del juramento (2). Ignacio, el mas jóven de los trece hijos de aquella familia, fué soldado y cortesano y de aquí que se viese muy descuidada su educación literaria. Primero sirvió como paje a Fernando el Católico y luego como escudero del duque de Nájera, cuyos antecesores siempre habían protegido a la familia de los Recaldes de Loyola. Su espíritu novelesco y su corazón juvenil estaban llenos de ideas caballerescas: las aventuras amorosas, los hechos de armas, la fama guerrera, el amor propio personal y el deseo de brillar con sus armas y caballos, eran los asuntos que ocupaban su imaginación, y su orgullo le impulsaba a distinguirse en todo esto por encima de sus contemporáneos. Por señora de su corazón eligió a una de las princesas de la casa real, la cual, según dijo un confidente suyo algunos años despues, era mas que condesa y duquesa (3); su lectura predilecta era el *Amadís de Gaula* con sus hazañas caballerescas y amorosas. Era, al propio tiempo, ferviente católico, y compuso un romance en honor de San Pedro, a quien consideraba como su especial patrono.

Cuando en 1521 los franceses atacaron a Navarra, el duque de Nájera, virey de la comarca, aseguró la capital, Pamplona, con una guarnición, una de cuyas compañías mandaba Loyola, el cual en aquella ocasion se distinguió por su temerario arrojo. Cuando los franceses, despues de apoderarse de la ciudad asaltaron la casi arruinada ciudadela, permaneció Ignacio constantemente en la brecha, hasta que una bala le hirió en la pierna derecha y una piedra en el pie derecho (20 de mayo de 1521). Los españoles depusieron las armas, y los vencedores trataron benignamente a aquel bravo soldado disponiendo su conducción al próximo castillo natal. Desgraciadamente la cirugía se encontraba en su infancia y además en aquel apartado rincón de la region vasca no había

(2) *Acta Sanct. mens. Julii*, VII, 422.—Maffei, *Ignatii Vita*, libro I, cap. I.

(3) L. Gonzalez, *Acta Sanct. mens. Julii*, VII, 634.

un buen médico. El tratamiento a que fué sometida la herida de Ignacio fué muy desgraciado; los huesos fueron tan mal unidos que hubo necesidad de volvérselos a fracturar dos veces, tormentos que no impidieron que el infeliz quedara cojo para siempre. En aquella ocasion sufrió atroces dolores que soportó con paciencia heroica.

Durante su larga postración procuró encontrar en la lectura un medio para desterrar el fastidio y para olvidar en lo posible sus males. Ya se comprenderá que comenzó por pedir novelas de caballerías, pero como no las había en el castillo (1), se le dieron la «Vida de Jesucristo» y el *Flos Sanctorum*, ó vidas de los santos, traducidas al español. Estas obras, de un género completamente nuevo para él, le cautivaron cada día mas. Los martirios y los milagros de los santos, especialmente de Santo Domingo y de San Francisco de Asís, no le parecieron, en su aventurero espíritu excitado por el dolor y por la fiebre, menos famosos y dignos de ser imitados que las hazañas de los héroes y de los caballeros andantes. Su ambición, siempre despierta, le impulsó por esta nueva senda; en un principio, lucharon todavía en su espíritu con las nuevas ideas las antiguas impresiones, las ideas caballerescas, el amor a su dama; pero poco a poco aquellas triunfaron. Creyó que San Pedro, a quien se había dirigido especialmente en sus oraciones, con su intercesión inmediata le había salvado de la muerte. Además se convenció de que su mal curada herida, que le condenaba a andar cojo el resto de su vida, le cerraba para siempre la carrera militar, y entonces decidió hacerse soldado espiritual de Jesucristo, de la Virgen y de San Pedro, pero no un simple soldado, sino un general de la milicia cristiana. Combatiendo, en nombre de Dios, a Satanás y al infierno por medio de fatigas, ayunos y vigilia, esperaba conquistar en el cielo aquel esplendor y aquella fama que Amadís y sus compañeros se habían conquistado en la tierra con sus hazañas.

Véase, pues, cómo la mezcla del espíritu caballeresco y del misticismo, fecundada por el deseo de gloria, fué la causa de la determinación de Ignacio de Loyola. No fueron el arrepentimiento ni la necesidad de acercarse a Dios por el sacrificio de su propia existencia lo que indujo a Ignacio a abrazar la vida de anacoreta, sino el deseo de distinguirse de los demás hombres por hechos parecidos a los milagros de los santos, cuyas biografías había estudiado, y de parecerse a ellos en méritos y fama.

Durante su convalecencia preparóse poco a poco para el nuevo género de vida que había elegido, y despues, sin saberlo su familia, apresuróse en mayo de 1522 a hacer inapelable su resolución prestando los votos de castidad y de abstinencia, y emprendiendo su primera peregrinación a la milagrosa imagen de la Virgen que se veneraba en las agrestes montañas de Monserrate, cerca de Barcelona. Por el camino, se azotaba para irse acostumbrando a la nueva vida, y llegado que hubo al santuario, colgó en él sus armas, y las veló delante de la imagen, lo mismo que un escudero en la víspera de ser armado caballero, según el ritual que había leído en el *Amadís*. ¡Tan profundamente arraigadas estaban en su ánimo las narraciones caballerescas! ¡Tanta influencia ejercían en él, aun despues de su cambio de vida! A la mañana siguiente se desprendió de sus preciosas vestiduras que regaló a un pobre, y se vistió de peregrino mendicante. Una confesión general completó su ingreso en el nuevo estado.

La intención de Ignacio de Loyola era dirigirse a Jerusalén y dedicarse allí a la conversión de los infieles; pero la peste le impidió embarcarse desde luego para la Palestina.

(1) Ribadeneira, *Vita Ignatii*; AA. SS. Ju. VII, 670.

Encaminóse entonces hacia la pequeña ciudad catalana de Manresa, situada a unas siete leguas al Noroeste de Barcelona, para esperar allí, entregado a la oración y a las mortificaciones, la hora de la partida. En Manresa, hubo de resistir una crisis interior análoga a la que veinte años antes había arrojado a Lutero al abismo de la desesperación. En el convento de dominicos que allí existía, y no en una cueva como ha dicho despues la leyenda jesuítica, sometióse a las mas duras pruebas; flagelábase tres veces al día; oraba de rodillas siete horas seguidas; durante la noche procuraba apartar por fuerza de sus ojos el sueño y se alimentaba exclusivamente de pan y agua, con todo lo cual esperaba imitar a los santos, siendo su mas ferviente deseo el de figurar algun día en el número de los canonizados. Pero cuanto mas mortificaba su cuerpo, mas enferma se encontraba su imaginación; no experimentaba ninguna satisfacción, ningún consuelo, antes por el contrario, desesperaba de poder alcanzar la divina gracia y la gloria del cielo, por las cuales suspiraba, creyendo que esto era debido a la enormidad de sus pecados. Lloraba noche y día; sintió tentaciones de arrojarse por la ventana de su celda, y solo se contuvo ante la idea de que con ello cometía un nuevo pecado (2).

Es curioso observar la manera distinta como Lutero é Ignacio de Loyola salieron de esta aflictiva situación. El alemán, dotado de una imaginación fría y teólogo de fama, consolóse con la doctrina de la completa redención por Jesucristo, que creyó encontrar en la Biblia, y con la fe en esta Biblia misma. El fanático y ambicioso español, cuyo cerebro estaba lleno de aventureras historias de caballeros y de santos, tenía visiones y creía observar que los pensamientos sombríos se los inspiraban el diablo y sus demonios, y que Dios y sus ángeles le inspiraban los agradables y virtuosos. Una nueva y grave enfermedad que amenazó destruir, con una muerte prematura, sus vastos planes, parecióle, una vez restablecido, un nuevo motivo para resistir las tentaciones de Satanás, para acabar de una vez con su vida pasada y para comenzar una nueva existencia, lleno de esperanza en la misericordia divina y de confianza en sus propios esfuerzos. A ello se creyó impulsado por el mismo Dios y por él dirigido, «como un discípulo por su maestro.»

Poco a poco el ascetismo y los martirios voluntarios le parecieron una injusticia que se cometía contra el Supremo Hacedor, que ha creado el cuerpo del mismo modo que el alma, y un atentado contra esta que llega a enfermar con la debilitación de su compañero material. Loyola creyó entonces que no debía ahuyentar el sueño, para poder trabajar con mas energía por la honra y gloria de Dios (3). Este modo de pensar acerca de los deberes de un cristiano devoto y adicto a la Iglesia, que tan opuesto parece a los proyectos que había formado para su nuevo estado, fué luego característico en la orden por él fundada.

Despues que se hubo satisfecho de esta suerte a sí mismo, tomaron mas risueños colores su ambición religiosa y las visiones que antes se reflejaban en su exaltado cerebro. Parecióle entonces que veía a Jesús y a la Virgen; y los mas profundos misterios de la religión se presentaban a sus ojos transformados en objetos perfectamente comprensibles. También vió al diablo en forma de pintada serpiente, pero cuanto mas oraba, tanto mas pálido y repugnante se iba haciendo el reptil. ¡Qué diferencia tan profunda entre la vida del

(2) Ribadeneira, pág. 673.

(3) Genelli, *La vida de San Ignacio de Loyola* (Innsbruck, 1848) pág. 382. Esta obra es muy importante por contener la correspondencia de Loyola (publicada en ella por vez primera en su mayor parte) que nos presenta a Ignacio bajo un nuevo punto de vista, o puesto muchas veces a lo que nos refiere la tradición jesuítica.

monje de Wittemberg y la del asceta de Manresa! Lutero se contentó con apoyarse en la palabra de Dios que era inteligible para todos. Ignacio tenía místicas visiones que solo existían en su imaginación y que hacían de él un ser privilegiado y escogido entre millones de hombres.

A los diez meses de residir en Manresa y después de varias aventuras, pasó a Italia desde donde pudo embarcarse en 1523 para Palestina. La suerte del mundo hubiera quizás tomado otro rumbo si Loyola hubiese podido llevar a cabo su proyecto en los Santos Lugares y dedicar su vida a consolar a los oprimidos cristianos y a convertir a sus infieles opresores. Pero se vio rechazado por los mismos jefes del clero de Jerusalén que solo esperaban calamidades de aquel fanático ignorante, falto de todo recurso, sombrío y desconocedor de las exigencias de su situación política. Ignacio hubo de regresar a su patria, reducido a implorar para su sustento y demás necesidades la piedad de las almas compasivas.

Este viaje, sin embargo, tuvo consecuencias importantes.

Ignacio se convenció de que para llenar alguna misión, lo primero que tenía que hacer era adquirir conocimientos vastos; por lo cual se dedicó al estudio. Por espacio de dos años, estudió en Barcelona: luego asistió a las lecciones filosóficas de la Universidad de Alcalá y por último siguió los cursos teológicos en Salamanca. Aquel hombre, dotado de una voluntad de hierro, y con ánimo resuelto, al cual nada abatía, se sentó en los bancos universitarios a la edad de treinta y tres años; y en medio de estos estudios preparatorios, tenía horas para enseñar el catecismo a hombres, mujeres y niños y para predicar en la vía pública. Portábase ya como un jefe de secta; había sabido atraerse algunas personas piadosas, especialmente señoras, que, cautivadas por su misticismo y por su ardiente elocuencia, le colmaban de presentes; y además había conseguido verse rodeado de algunos discípulos y partidarios (1). La Inquisición, como se comprenderá, seguía atenta estos trabajos de Loyola y creía ver en él a un adepto de la secta gnóstica de los iluminados que por aquella época había aparecido en algunos puntos de España. Ignacio fue dos veces encerrado en los calabozos del Santo Oficio; una vez en Alcalá por espacio de 32 días y otra en Salamanca por espacio de tres semanas. El tribunal se convenció de su inocencia, pero le ordenó que estudiara cuatro años de teología antes de predicar o de enseñar la religión. Loyola vio en todo esto nuevas pruebas a que Dios quería someterle a fin de prepararle mejor para su misión de apóstol; pero esto mismo le hizo cobrar cierta aversión a su patria y decidirse a abandonarla y trasladarse a París. Y a la verdad ¿dónde mejor hubiera podido adquirir los conocimientos que se le imponían que en París, en aquella Sorbona que era la más célebre facultad teológica del mundo? Además, en aquella gran ciudad esperaba encontrar, entre la numerosa juventud académica, algunos compañeros que le permitieran realizar sus planes y fundar una comunidad para convertir ateos y herejes. Animado por tales pensamientos emprendió su viaje en mitad del invierno, llegando a la capital francesa el día 2 de febrero de 1528.

Para ingresar en la Universidad de París, se exigían más requisitos que en las Universidades españolas; por esto Loyola hubo de comenzar de nuevo sus estudios y aprender, en el colegio Montaigu, gramática y filosofía, antes de poder entrar en el estudio de la teología. ¡Cuánta fuerza de voluntad se necesitaba en un hombre de cuarenta años para sentarse entre niños y aprender las nociones de la ciencia! Los

(1) Orlandino, *Historia Societatis Jesu*, tomo I (Roma 1615), lib. I, cap. 52, pág. 14.

biógrafos de Loyola han sostenido, para aumentar sus méritos, que se encontró completamente falto de recursos y que se vio precisado a mendigar de puerta en puerta un pedazo de pan; pero sus cartas demuestran de un modo irrefutable que recibió donativos de sus amigos, y especialmente de sus amigos de Barcelona, y que no vaciló en pedirles nuevos presentes no solo para atender a su manutención, sino para costear el grado académico que le fue conferido. Durante las vacaciones, recorrió algunas ciudades de Bélgica (2) y visitó también a Londres, no ciertamente para pedir limosna, sino para proporcionarse nuevas pensiones regulares.

Por estos medios adquirió abundantes recursos pecuniarios para trabajar con probada constancia en favor de la misión que cada día se presentaba más clara ante su vista. Comenzó por atraerse a sus compañeros de celda en el colegio de Santa Bárbara, el saboyano Pedro Le Févre que de pastor se había hecho estudiante de teología, y su compatriota Francisco Javier de Pamplona, joven oriundo de ilustre familia, dotado de gran inteligencia, ya profesor de filosofía en el colegio de Beauvais que abandonó el brillante porvenir que la Iglesia y el mundo le ofrecían para seguir la suerte de su amigo. En aquella ocasión, mostró Ignacio su gran habilidad en el trato de los hombres. Comenzó por atraerse a Le Févre que falto casi por completo de recursos se veía por él auxiliado, y luego a Francisco Javier proporcionándole alumnos, lo cual como es sabido, satisface los más fervientes deseos de un joven profesor. De esta suerte se captó su confianza y fue apoderándose de su corazón. Después, comenzó a trabajar para infiltrar en el ánimo de sus compañeros el entusiasmo religioso que llenaba su alma, consiguiendo que al cabo de algunas vacilaciones y resistencias, se le entregaran por completo. Sometiólos a austeras prácticas religiosas, ayunos y mortificaciones corporales, haciéndoles dóciles instrumentos suyos; y no contento con este primer triunfo, destinó las cuantiosas sumas que había sabido proporcionarse para atraerse mayor número de compatriotas, como lo consiguió atrayéndose a Jacobo Laynez, de Almansa, Alfonso Salmeron, de Toledo, Nicolás Bobadilla, todos jóvenes pobres, y además al portugués Simón Rodríguez de Acevedo.

Su objeto más inmediato está conseguido al fin, pues en 15 de agosto de 1534 él y sus compañeros fundaron la nueva orden, prestando en la iglesia de Santa María de Montmartre los tres votos de castidad, pobreza y de una cruzada religiosa a Palestina para convertir a los musulmanes y proteger a los pobres cristianos sirios. Para el caso de que este último voto no pudiera llevarse a cabo, comprometieron a ponerse incondicionalmente a la disposición del Papa sin exigir indemnización alguna. Su objeto era, pues, bastante vago e inseguro. Pronto se unieron a la pequeña comunidad dos franceses, Codure y Brouet, y un saboyano, Claudio Le Jay.

Tal fue el principio modesto y casi insignificante de la orden de los jesuitas.

Los aliados acabaron tranquilamente sus estudios y en 1535 se separaron para arreglar cada cual sus negocios quedando en volverse a reunir en 1537 en Venecia. Ignacio de Loyola regresó a España, donde distribuyó sus bienes entre los pobres y las fundaciones piadosas y despertó el entusiasmo de sus compatriotas con sus elocuentes predicaciones y con su vida austera. En la época convenida, se reunieron en Vene-

(2) Véase *M. S. Historia breviter complectens initium ac progressum Societ. Jesu in civit. Antwerp.* (Bruselas. Biblioteca de Bourgogne): *Cum. R. P. Jacobus Laynez Antverpium venisset, sese in amicitiam mercatorum hispanorum qui tum Antverpiae erant insinuavit... eorum maxime qui R. P. Ignatium (prae memoriae) Lutetia venientem hospitio acceperant suisque elemosymis eius studia foverant, dum Lutetiae opperari litteris daret.*

cia los diez compañeros; pero allí mismo tuvieron que luchar contra nuevos obstáculos. En efecto, entre la república y el imperio turco había estallado una guerra que por de pronto les impidió verificar su viaje a Oriente. Loyola además fue nuevamente acusado de herejía y a duras penas pudo librarse de una sentencia condenatoria. Entonces comenzó a renunciar a sus primitivas decisiones, y quiso permanecer todavía un año en Venecia esperando que en este tiempo encontrarían él y sus compañeros un medio de trasladarse a los Santos Lugares, opinando que en caso de no encontrarlo sería prueba de que la voluntad de la Providencia les llamaba por otros derroteros. Efectivamente, en Venecia encontró Ignacio su verdadera y definitiva misión.

Después del saqueo de Roma (1527) Caraffa y sus teatinos se habían trasladado a Venecia, dedicándose al cuidado de los hospitales y casas de beneficencia. Loyola sentó su residencia en el colegio de los teatinos y se dedicó con todo el ardor de su carácter a servir en sus hospitales, creyendo encontrar en el objeto de aquella comunidad la verdadera misión de un soldado de Cristo, es a saber: la predicación, la lucha contra la herejía y la enseñanza. Pero los límites que Caraffa había trazado a su institución le parecieron demasiado reducidos y estrechos; por lo cual sostenía frecuentes y violentas disputas con el obispo teatino, que fueron causa de un rompimiento: cosa inevitable tratándose de dos hombres tercos y ambiciosos, oriundos de dos naciones que mutuamente se odiaban. Esto no impidió a Loyola tomar de los teatinos la idea principal y una porción de rasgos característicos que aplicó a su propia orden.

Como de costumbre, los biógrafos de Loyola han negado un hecho que está plenamente probado por las cartas del santo, cual es que durante su residencia en Venecia continuó recibiendo de sus piadosos amigos y amigos de España cuantiosos donativos. El mismo decía que «el estado de su salud no le permitía soportar la pobreza ni las mortificaciones corporales (1)». Las alabanzas que por su pobreza voluntaria y por su renuncia de bienes temporales dirigen los historiadores jesuitas al fundador de su orden son, pues, muy exageradas, ya que Ignacio supo armonizar perfectamente su celo religioso con la prudencia y aun con la habilidad terrenales.

Algunos de los compañeros de Loyola se dirigieron a Roma y obtuvieron del papa Paulo III la aprobación de su misión a Palestina y el permiso para hacerse consagrar sacerdotes por el obispo que más les pluguiera y para poseer sumas de consideración. A su regreso hicieron ingresar en el sacerdocio a Ignacio y demás compañeros que no pertenecían todavía a la clase sacerdotal, y comenzaron desde entonces a predicar en las ciudades de la república. Cubiertos de harapos, parecían consumidos por los ayunos y mortificaciones: hablaban un idioma mezcla de español y de italiano; pero a pesar de su aspecto sencillez, o quizás por esto mismo, causaban gran impresión en el pueblo, a lo cual contribuía indudablemente en alto grado su vida austera, tan poco común en los sacerdotes italianos de aquella época.

El año de espera trascurrió sin que se les ofreciera ocasión de llevar a cabo su viaje a Oriente y casi puede asegurarse que no la buscaron con verdadero interés, pues con un poco de buena voluntad no les hubiera sido difícil ir a Palestina. Las antiguas tendencias místicas y vagas de Loyola habían tomado una forma más segura y más concreta. Durante el otoño de 1537 decidieron Loyola y sus compañeros dirigirse nuevamente a Roma, cada cual por distinto camino a

(1) Carta a Cazandro (12 de febrero de 1536): *Menchaca, Epistola Sancti Ignatii* (Bologna 11804), I, 2.

fin de que todos tuvieran espacio para pensar en la organización de la nueva orden. En aquella ocasión, inventó Ignacio el nombre que definitivamente había de llevar la Compañía; y en parte para evitar que se le pusiera su propio nombre, y en parte para recordar sus antiguas ideas militares, resolvió bautizarla con la denominación de «Compañía de Jesús», cohorte o centuria para luchar contra los enemigos espirituales «como hombres adictos en cuerpo y alma a Nuestro Señor Jesucristo y a su verdadero y legítimo representante en la tierra (2)». Los jesuitas sostuvieron posteriormente que su fundador había sido Jesucristo y que ellos no habían hecho más que resucitar la vida del apóstol y de sus discípulos inmediatos (3); pero estas son aclaraciones místicas y más bien aparatosas, que nada tienen que ver con la verdad histórica.

La verdadera actividad que en lo sucesivo mostró la Compañía de Jesús está en este ostentoso nombre y en la explicación que de él dió su fundador. Su carácter militar y ofensivo aparecía tan claro en esta denominación, como la afirmación de que la orden era la verdadera representante de Jesucristo y de su Iglesia. Era una creación como no existía otra dentro de la religión católica.

No es, pues, de extrañar que Loyola y sus amigos no encontrasen benévola acogida en la ciudad eterna, pues en esta originó sorpresa y desasosiego la aparición de un puñado de hombres que tan arrogantes se presentaban y a quienes se consideraba como herejes.

Ignacio llegó a Roma a fines de 1537, y como sus compañeros, fue benévolamente acogido por Paulo III, el cual, en aquella ocasión, demostró que atendía más que la mayoría de los prelados romanos a los intereses de la Iglesia. El Papa confió a dos de los compañeros de Ignacio cátedras de teología en la Sapienza, Universidad romana, y a todos les fue concedida licencia para predicar, de la cual se sirvieron con extraordinario éxito. Por esta misma razón, sin embargo, se levantaron contra ellos gran número de adversarios y envidiosos que los persiguieron tenazmente por espacio de ocho meses, es decir, desde marzo a noviembre de 1538, acusándoles de herejía y de soborno del pueblo. Muchos cardenales, especialmente, combatieron a Ignacio y a sus compañeros, llegando uno de aquellos prelados hasta el extremo de ordenar al posadero de Loyola que le arrojase de su casa.

Otro que no hubiese sido Ignacio se hubiera desanimado; pero él permaneció a todo impassible; visitó a los cardenales y la energía de su actitud y el calor de sus palabras produjo en ellos impresión profunda. Además supo procurarse algunos documentos que favorecían muy poco a sus acusadores, y les presentó los testimonios de los procesos que se le habían seguido en España y en París y de las sentencias absolutorias que en ellos habían recaído. Escribió a las ciudades y a los príncipes de Italia que habían tenido ya ocasión de apreciar el celo religioso de sus compañeros y recibió de ellos las más fervientes felicitaciones; y por último se atrevió a llegar hasta el Papa, con quien celebró una entrevista de una hora, consiguiendo en ella tal éxito, que se conquistó por completo el favor de Paulo III. Por orden inmediata del Padre Santo, abrió el gobernador de Roma una información que terminó con una sentencia gloriosísima para Ignacio y para sus compañeros (18 de noviembre de 1538). Esta sentencia, que acreditó la pureza de vida y doctrinas de la Compañía, conquistó a sus individuos en la ciudad eterna una gran consideración, que fue aumentando por otras circunstancias, entre ellas por haberles confiado el Papa la educación religiosa de la juventud que asistía a la mayor

(2) *Deliberatio primorum patrum*. AA. SS. Jul. III, 463.

(3) *Imago primi saeculi Soc. Jesu*. (Amberes 1640) pág. 64.

parte de las escuelas recientemente fundadas. Además, la actividad y abnegación de que dieron pruebas durante el hambre que asoló a Roma en el invierno de 1538 á 1539 les atrajeron el respeto general.

Todos estos sucesos les proporcionaron gran número de novicios, de suerte que pudieron ya pensar formalmente en dar á su Compañía la organización definitiva. A sus dos anteriores votos de castidad y pobreza añadieron el de obediencia incondicional. El espíritu militar que á pesar del tiempo trascurrido y de las pasadas peripecias no se había extinguido aun del todo en Ignacio, le hizo considerar la obediencia ciega é ilimitada como la primera de todas las virtudes. Así como en las demás órdenes el general era elegido por un número de años y dentro de ciertas limitaciones, los jesuitas acordaron nombrar al suyo por toda su vida y confiarle un poder absoluto, y así dijeron, en una carta dirigida al Papa, que «en el general debían ellos honrar la presencia y personificación del mismo Jesucristo.»



Medalla con el busto de San Ignacio de Loyola. (Tamaño natural)

Esto equivalía casi á poner un nuevo Papa al lado del Padre Santo; pero este no podía envidiar ni temer al general de los jesuitas, porque á los tres votos prestados añadieron otro, á saber: «el de consagrar su vida al perpetuo servicio de Jesucristo y del Papa y á prestar homenaje al Señor y al Romano Pontífice como representante de Dios en la tierra, obligándose por tanto á cumplir sin vacilación alguna los mandatos que el Papa actual ó sus sucesores les comunicaran.»

Loyola reunió en cinco capítulos las resoluciones que había adoptado y en setiembre de 1539 las sometió, por conducto del cardenal Contarini, á la aprobación del Papa.

Preciso nos es representarnos la situación en que, en aquel tiempo, se encontraba el Pontificado. En Alemania, la apostasía hacia grandes progresos, y en Francia, Polonia, España é Italia contaba Lutero con gran número de prosélitos. Los países escandinavos é Inglaterra se habían ya separado de la Iglesia romana; y los mismos católicos, aquellos que permanecían fieles á la Iglesia, hacían una enérgica oposición á la Curia, dirigiéndole severas censuras y duros ataques. El emperador pedía con insistencia una reforma completa que amenazaba con despojar á la Santa Sede de sus principales privilegios. En esta situación, realmente desesperada para el Pontificado, se presentaron algunos hombres decididos, apasionados y guerreros que se ofrecían á obedecer ciegamente al Padre Santo y á luchar por su grandeza y autoridad. Era esta una cosa tan hermosa que casi costaba trabajo darle crédito. Paulo III era propicio á la aprobación que de él se pedía; pero siguiendo los usos de la corte romana, confió á una comisión de tres cardenales la tarea de examinar las constituciones preliminares de los jesuitas. Aquellos tres hombres eran hostiles á la institución de Loyola, y uno de ellos, el más influyente, el cardenal

Guidiccioni, se mostraba decidido adversario de todas las órdenes religiosas, de las cuales decía que habían llevado á la Iglesia más desórdenes y más escándalos que provecho. Este cardenal no quiso leer siquiera los estatutos de los jesuitas.

Pero Loyola, como ya hemos visto, no era hombre que se arredraba fácilmente: su tenacidad y su habilidad política, cualidades tan esencialmente españolas, vencieron todos los obstáculos. Uno de sus principales protectores fué el digno y sabio cardenal de Carpi; la poderosa familia veneciana de los Contarini le apoyó también, y lo propio hizo Margarita de Austria, duquesa de Parma, que gozaba de gran influencia en la corte romana, por su doble carácter de hija de Carlos V y de esposa de un nieto del Papa. Más importante aun le fué quizá la amistad de Juan III de Portugal, príncipe fanáticamente ortodoxo, que deseaba poder disponer de algunos padres de la orden para utilizarlos en su reino y en las colonias portuguesas. Su embajador en Roma, Mascarenhas, trabajó con celo para dominar la resistencia de Guidiccioni y de sus colegas (1), y consiguió tanto más este objeto, cuanto que el Papa era propicio á su favorecido. La comisión acabó por someterse y apoyó la concesión de la autorización solicitada por los jesuitas. Loyola había, pues, conseguido un triunfo completo; su larga permanencia en Roma, que había durado tres años, había tenido por fin su recompensa. Paulo III, por medio de la bula *Regimini militantis Ecclesie* (título que armonizaba con la nueva Compañía), expedida en 27 de setiembre de 1540, aprobó las Constituciones de la orden, si bien bajo la condición de que sus miembros no pudiesen exceder nunca de 60. Así nació aquella temida Compañía inspirada en tan alto grado en el espíritu español, mezcla notable de tendencias militares y de fanatismo religioso. El fin que esta orden se proponía era la lucha contra la herejía por todos los medios que á su alcance estuvieran, como predicación, enseñanza, publicaciones literarias, políticas y científicas, astucia, fuerza, influencia cerca de los magnates y de los poderosos, cárcel y hoguera. Este fin fué perseguido por todos los miembros de la Compañía, con habilidad y tenacidad admirables. La guerra era el santo y seña dado por el mismo fundador, el cual decía: «Yo no creo haber abandonado el servicio militar, sino haberlo consagrado á Dios.» Uno de los escritores jesuitas dice también (2): «Lo que Amilcar fué para Aníbal, esto ha sido Ignacio para nosotros; á instancias suyas, prometimos la guerra al pie del altar.» El epitafio de Loyola lo compara con los grandes generales de la antigüedad. La Compañía gustaba de presentarse como la legión de Dios, animada del valor del león y del mayor desprecio de todos los peligros. «Cada uno de nosotros vale tanto como todo un ejército (3).» Como se ve, los jesuitas se identificaron desde el primer momento con su misión, supieron exactamente lo que querían y comprendieron perfectamente sus méritos y sus ventajas.

Ya se comprenderá que Loyola fué elegido primer general de su orden. «Él nos ha hecho nacer á todos en Jesucristo y nos ha alimentado con su leche,» decía Salmeron en el boletín con que votó. Ignacio que no podía naturalmente votarse á sí mismo, votó en blanco para no combatir su propia candidatura. Cuando después de la elección aparentó querer declinar el honor que se le confería, no hizo más que llenar una mera formalidad para evitar toda sedición, pues de antemano tenía la seguridad de que su dimisión no sería aceptada.

(1) Loyola á su sobrino, 16 de marzo de 1545; Menchaca.

(2) *Imago primi sac. Soc. Jesu.* VI, 864.

(3) *Imago primi sac. Soc. Jesu.* I, 59. III, 401-410.

Loyola tenía realmente condiciones para proporcionar á la nueva comunidad rápidos triunfos. Para convencerse de ello basta estudiar su expresiva fisonomía: ver su rostro demacrado, pero enérgico; su ancha y convexa frente, sus pequeños ojos bien que vivos, su grande y encorvada nariz y su enérgica boca cuyo labio inferior, en extremo saliente, revelaba una naturaleza impresionable. Ignacio de Loyola poseía la principal virtud para salir con bien de las grandes empresas, á saber: la convicción profunda de la bondad de la causa que defendía. Creíase, además, escogido por Dios para aniquilar á sus enemigos y para devolver á la Iglesia su antigua consideración y su esplendor pasado. «La confianza en Dios debe ser tan grande, que no se titubee en cruzar el mar en una tabla cuando no pueda disponerse de un buque» (1). Ignacio había acallado en su alma todo otro deseo, todo otro interés que no fuesen el servir á Dios, es decir, á su Iglesia. En este punto mostró una perseverancia y una actividad que nada podía abatir. «Los que trabajan en la viña del Señor no deben tener apoyado en el suelo mas que un pie, porque el otro debe estar levantado para seguir el camino.» Con orgulloso desprecio soportó todos los trabajos y privaciones y todas las burlas y humillaciones á que se vió sujeto. Al lado de esta gran tarea no había para él ningún otro interés; por eso le sacrificaba todas las demás consideraciones. «La renuncia de la voluntad propia, decía, vale más que resucitar á los muertos:» máxima admirable y fecunda en resultados importantes. En esa clase de luchas, no conocía el miedo: «Ninguna tempestad es tan funesta como la calma, y ningún enemigo tan peligroso como el no tener enemigo alguno.»

Esta causa era considerada por Ignacio tan santa y de tan sin igual importancia, que todos los medios de servirla y de hacerla prosperar eran buenos. «Mucha sabiduría unida á mediana santidad es preferible, decía, á mucha santidad con poca sabiduría.» Estas palabras, que tanto sorprenden en boca de un hombre que anteriormente se había entregado al mas exagerado misticismo, ¿no encierran, por ventura, el germen de todos los errores morales que posteriormente cometieron los jesuitas? En ellas vemos el carácter español. ¿A buen seguro que un místico de Alemania ó de los Países Bajos no hubiera sentido tal principio! Sabido es que los jesuitas han sido en todos tiempos grandes conquistadores de almas: el mismo San Ignacio les instruyó en este envidiable arte: «Un buen cazador de almas debe comenzar por dejar pasar en silencio una porción de cosas, como si no las viera; después, cuando se ha enseñoreado de la voluntad, puede dirigir al discípulo por donde quiera.» «A los que están abismados en los intereses mundanos no hay que hablarles desde luego de las cosas espirituales, pues esto equivaldría á querer pescar sin cebo.» ¿Y qué gente era la que quería atraer á su Compañía aquel sacerdote tan humilde, según decía, ante la divina Providencia? Su secretario, Pedro Polanco, nos proporciona datos acerca de este punto: «Loyola, respecto de los que se le ofrecían, atendía menos á las dotes naturales que á la firmeza de carácter y á la habilidad, pues opinaba que los que no servían para las cuestiones públicas, tampoco podían servir á la Compañía» (2). La devoción tenía escaso valor cuando se trataba de los intereses temporales de la Compañía de Jesús. En una carta muy expresiva que en 1551 dirigió Polanco al rector del colegio de jesuitas de Coimbra (3), le enumeraba las cualidades que el padre

general deseaba tuviesen los novicios, y eran estas: «buenas dotes naturales y aptitud ya para las ciencias, ya para las buenas obras exteriores;» queríanse jóvenes de buena presencia, de agradable aspecto, «tales como los exigen nuestro género de vida y nuestras relaciones.» Nada se dice de la vocación religiosa ni de la verdadera piedad como condiciones necesarias en los que querían ingresar en la Compañía. Talento, ciencia de la vida, bello aspecto; esto era todo cuanto exigía Ignacio de Loyola. Esto caracteriza perfectamente á San Ignacio y á la Compañía por él fundada.

Un personaje de esta clase, un compuesto tal de religiosidad, abnegación, fanatismo, astucia y energía á toda prueba, nos es actualmente menos simpático, pues estamos acostumbrados á considerar como primeras y principales necesidades morales la sinceridad y la rectitud. Pero á pesar de esto, no podemos menos de admirar la perspicacia de San Ignacio y su voluntad de hierro y de confesar que de ninguna otra manera hubiera podido proceder mejor para organizar y extender una orden belicosa.

La Compañía solo á este fin había sido creada, no para producir creaciones de índole más elevada. ¡Qué contraste entre él y la ruda nobleza de su por él despreciado enemigo, de aquel hijo de labradores de la Baja Sajonia, de aquel Lutero, cuya obra se proponía destruir por completo! Pero aquel tosco aldeano sajón, con su invencible amor á la verdad, obtuvo un triunfo muy distinto y produjo creaciones muy diferentes de los que obtuvo y produjo el fino y astuto vasco, cuyo celo religioso se nos presenta mezclado con la astucia. La mayor moralidad dió mayor importancia.

### III.—RÁPIDA PROPAGACION DE LA ÓRDEN DE LOS JESUITAS

Sabiduría y actividad de la nueva orden.—Privilegios pontificios.—Los jesuitas y los príncipes seculares.—Italia; Roma; *Collegium romanum* y *Collegium germanicum*.—Los jesuitas en España.—En los Países Bajos.—En Portugal.—En Francia.—En Alemania.—Canisio.—Administración de Loyola.—Paulo IV dominado por los jesuitas.—Muerte de Loyola.—Incremento de los triunfos conseguidos por Loyola y por su orden.

Apenas aprobada por el Papa, comenzó su activa campaña la Compañía de Jesús: el número escaso de sus individuos estaba en constante movimiento para demostrar en todas partes los servicios que la orden prestaba, así como para robustecer su influencia. Ignacio seguía el sistema de no enviar á ninguno de sus subordinados á la patria de que era oriundo, pues en ella podía tener algunos lazos é intereses contrarios á la preeminencia de la orden; por eso envió á los franceses á Portugal, á los italianos á España y á los españoles á Italia. Su plan era hacer de sus compañeros en la orden verdaderos cosmopolitas, dispuestos á prestar cualquier servicio, bien hallados en todas partes, y sin conocer mas patria que la misma Sociedad. Durante los primeros años, les hizo viajar por las más apartadas comarcas, no permitiendo que permanecieran mucho tiempo en cada una de ellas, con el objeto de aparentar que era más numerosa la Compañía de lo que era en realidad, de demostrar á los príncipes y pueblos la actividad de la nueva orden, y últimamente de poner á prueba la ciega obediencia de sus compañeros.

La eficacia de esta medida hábilmente calculada fué sorprendente, pues á los seis años de su creación la Compañía era célebre en todo el mundo y el número de sus afiliados se contaba ya por centenares. Ignacio no se limitó á la cifra máxima de 60 individuos, sino que interpretando con habilidad este punto, contó en aquel número solo á los miembros que gozaban de toda autorización, concediendo esta cuali-

(1) *Sententia ascetica S. P. de Loyola pro quotidiana consideratione.* (Mindelheim, 1716.)

(2) Polanco, *Dichos y hechos de Loyola*, obra citada por Genelli.

(3) Alcázar, *Historia Toletana provincie, Soc. Jesu.* (Madrid, 1710.)